

III

«Así llegó a reinar Isabel la Católica»

Folios descabales de una crónica que está a medio hacer, por Félix de Llanos y Torriglia
(De la Real Academia de la Historia)

EN las muchas conferencias que actualmente se están dando en Madrid sobre la personalidad de aquel polígrafo insigne que se llamó don Marcelino Menéndez y Pelayo, se hace destacar —con unanimidad bien palpable— la nota de que se trata de un historiador plástico en grado sumo, que a la característica de su enorme erudición sumó las de gran evocador de lo pasado y soberano artista.

Al mágico conjuro de su pluma las generaciones vuelven a existir, y las que eran vagas sombras sin palpable realidad, llamadas como a final juicio, toman sus huesos y su carne, y sus indumentos, y sus armas, y sus joyas, y se mueven, las unas con prestancia arrogante, como de paladines en Corte; las otras lentas y pausadas, cual si paseasen los claustros romantizados por los rayos de plata de la luna tamizándose a través de las frondas. Del fichero, de entre las incontables papeletas, o al sacudir el polvo de los miniados pergaminos o de viejos abultados libros que se hubieron de imprimir en Alcalá o en Salamanca, surgen discutidores ergotistas, poetillas procaces, enamorados trovadores, filósofos envueltos en sus hábitos frailunos negros o blancos; y asistimos a las fastuosas salas de palacios animados con tertulias o Academias, a las bulliciosas aulas de la Universidad, a los *corrales* donde daba rienda a todos sus instintos la multitud, o a algún sermón conceptuoso, en que el oyente paladeaba los agudos discreteos vertidos desde el púlpito.

Pasaron ya los siglos en que la Historia no era más que un texto de Moral o mejor el complemento de la Ética, con su ejemplario de *vidas ilustres*. Tampoco se limita a ser el campo experimental del valor de unas y otras teorías, ni el mero laboratorio donde fríamente se examinen las leyes de la evolución para deducir los principios de la Sociología. Acto de conciencia, de esperanza y de fe, es el pleno reconocimiento de la personalidad humana, el triste poema de los dolores del ayer y del hoy, el cántico de los goces y el himno animoso de un mañana triunfante. Y por ser todo esto es amplísimo panorama desbordante de emociones; y el historiador debe juntar la más polícroma paleta y la lira de resonantes cuerdas; porque es, como en la catedral, el torrente de rubíes y amatistas y topacios que cae desde las altas vidrieras y como el órgano que llena la amplitud de las naves vacías con el estremecimiento de sus notas.

No bastan —aunque sean indispensables— la conciencia honrada, la probidad, los vastísimos conocimientos auxiliares para buscar la verdad —toda la verdad— en los documentos o en los monumentos, que deben apurarse y depurarse para extraer la primera materia: es preciso con esa verdad y con la esencial aspiración hacia el bien, hacer que surja lo bello, que no es más que el esplendor de la una y del otro. La obra perfecta sólo podrá lograrse juntando los tres elementos que fundamentan nuestra psiquis en amplios anhelos: la Ciencia y la Moral, fecundadas por el Arte, la inteligencia y la voluntad movidas por el afecto sensible.

Estos principios inspiran plenamente el nuevo libro del señor Llanos y Torriglia sobre los primeros años de la vida y gobierno de doña Isabel la Católica.

Para lograr sus propósitos de evocación y de resurrección el señor Llanos preparó su *escenario geográfico* corriendo en todos sentidos esta doble meseta leonesa-castellana, adentrándose por los viejos solares de nuestra estirpe, soñando y gozando en el seno de los templos románicos y góticos, perdiéndose entre las semihundidas murallas y las rotas galerías de los señoriales castillos, yendo del refectorio al coro desde la portería o desde los silentes patios de los conventos, caminando por las frescas arboledas de nuestros ríos y arroyos, o lanzándose a la ven-

tura para conversar con las gentes humildes y para coger el espíritu del labriego hijo de esa planicie, tan gris en los meses otoñales, tapiz de esmeralda en primavera o campo inacabable de oro cuando se hallan las turgentes espigas prontas a caer bajo el corvo acero del diligente segador.

Y el señor Llanos hubo de preparar —buscando mayor escrupulosidad aún— su *escenario histórico* con el concienzudo análisis de la psicología de la época (la psicología de las personalidades y de las masas) y con la crítica sesuda de las crónicas y de las fuentes literarias todas, hasta las nada despreciables de cantares y adagios. Saca a luz, sin pedantería, el viejo léxico, con el que sabe animar las aspiraciones y sentires de las varias clases de la sociedad; describe costumbres íntimas y públicas, y fiestas, y obras plásticas, y nos transporta con la varita encantada de su mágico estilo a aquella pretérita centuria, y casi nos obliga, más que a ser meros espectadores, a tomar papel activo en la agitación circundante, a ensalzar y a denostar, a odiar, y, sobre todo, a amar a la gentil doncella que convirtió una diadema tan averiada como la de Enrique IV. en la radiante corona de los conquistadores de Granada, descubridores de un Nuevo Mundo.

No dejamos de reconocer el peligro que trae el constituir la Historia en algo tan movido, tan vivo, y el de que, por completar el cuadro, se confunda lo que fué con lo que pudo ser y aun con lo que no pudo ser, como ocurre en la novela histórica, en la cual no se sabe dónde uno y otro de estos elementos comienzan y concluyen, dejando al lector o lleno de dudas o en posesión de mentiras y errores.

No obstante, desde el estudio a lo Llanos y Torriglia o a lo Menéndez Pelayo, hasta lo romancesco de Walter Scott, hay una distancia enorme, aunque a primera vista parece que unos y otros campos compenentran sus lindes. En Llanos o en el incomparable polígrafo español todo es sólido: en el autor de *Quintín Durward* las alas de la fantasía le apartaron —con sobrada frecuencia— del terreno firme.

Ante las abiertas páginas de cualquier libro del celeberrimo escocés se cierran los ojos y se deja volar al espíritu hacia las luces y los colores que deslumbran en el torneo, donde animan

el ardor de los combatientes las notas estridentes de los metálicos instrumentos músicos; y luego pasa la imaginación, como en cinta cinematográfica, a otros y a otros cuadros, todos muy pintorescos, pero que apenas nos hacen salir de los dominios de la poesía.

En *Así llegó a reinar Isabel la Católica* esa misma fuerza de emoción nos conduce a estudiar y a restaurar los edificios hoy transformados por posteriores obras y revocos; a analizar las actas de los ayuntamientos y de los cabildos catedrales para puntualizar otros hechos solemnes coetáneos, completando lo que se lee y que sólo sirve como de pauta y guía.

Y en aquel capítulo en que se describe el monasterio abulense de Santa Ana se siente la necesidad de ir a fijarse en lo que aún se conserva, para deducir cómo estaba tal casa de oración y recogimiento antes de las restauraciones del Prelado Mendoza, o la de recordar tantas y tantas desgracias familiares como se ampararon de los venerables muros, o las austeridades de aquellas bernardas, a las que estableció don Sancho, el buen obispo:

Don Sancho, obispo de Avila como sennor honrado
dió muy buen exemplo como fué buen Prelado,
fizo este monesterio de sant Benito llamado,
e dióle muy grandes algos por do es sustentado.

Puso hi muchas dueñas et de muy santa vida,
diólas su abadesa entendida et sabida,
de libros e vestimentas la iglesia muy cumplida,
e de muchas otras joyas la fizo enriquecida.

Puso hi capellanes que cada día cantasen
et las horas del día todas muy bien rezasen,
et por todos los finados cada día rogasen
ca dioles buenas rentas con que bien lo pasasen.

Et porque este monesterio fuese mejor guardado
et en todo sus algos fuese bien mamparado,
dió la visitación a cualquier que fues prelado
obispo que fues de Avila e non otro regulado.

Andaba entonce el Era quando el fué acabado
en mil et CCC años segunt diz el dictado
et mas LXXXVIII por mejor ser remembrado
et dió gracias a Dios el Obispo mucho onrado.

Y las noticias de la muerte de Alfonso *el Doceno*, ocurrida por tierras de Cardeñosa, nos transportan al tumulto de su coronación en la *dehesa de abajo* y a todos los bochornos deta-

lles de la deposición del muñeco con que los nobles rebeldes y el popular simbolizaran al *Impotente*.

Y la jura de la Reina en la urbe segoviana nos rememora los funerales del hermano difunto, el desfile de los enlutados envueltos en blancas marragas, los escudos rotos en la ciudad de Jimena Blázquez, y los cánticos y bailes de judíos y moriscos, y los vivas, y el clamoreo, y el tremolar de banderas por los sucesores de Enrique IV en las márgenes del Adaja.

Zamora, Toro, Cuenca, Valladolid, Soria, Ríoseco... todos los amplios términos de Castilla tienen que revivir, según eran en la segunda mitad del siglo xv, al llamamiento de estas páginas tan sugeridoras.

Podrá criticarse o mejor censurarse al señor Llanos su excesivo amor a la excelsa soberana. Pero de ese mismo pecado, en que nos declaramos también incurso, le exculpamos a él, pues en alguna y aun en algunas ocasiones repite que su intención no es hacer obra de menuda crítica, sino el evocar y reproducir un período con el sentir y con los afectos de un español de entonces o por mejor decir con los de uno de los partidarios de aquella mujer incomparable.

Todavía a aquilatar las cosas y a dejarlas en su punto vienen notas numerosísimas al final de todos los capítulos. En ellas desborda la erudición y se trasluce una preparación formidable, dándonos los firmísimos sostenes de una construcción, al parecer tan movida y lírica. En tales notas se acumulan sobrados antecedentes de Arqueología, de Filología, de Bibliografía, de todo cuanto puede exigir una obra a la moderna. Aún debemos mencionar los numerosos apuntes gráficos de un dibujante sabiamente dirigido y cuyo lápiz contribuye a aumentar la fuerza vivificadora de la pluma del escritor.

Nuestra enhorabuena al señor Llanos por su nuevo libro, joya magnífica de nuestra historiografía patria.

Así se educa el espíritu público y así se enseña al lector, proporcionándole copioso fruto de interesantes y útiles conocimientos, expresados en un cuidadísimo lenguaje, castizo, elegante y propio.

ABELARDO MERINO.

Madrid, 18 de mayo de 1927.